

*Para ti.  
Gracias.*

## DÍAS QUE ME QUEDAN PARA DEJAR EL TRABAJO

730 días

17.520 horas

1.051.200 minutos

63.072.000 segundos

# 1

## LA ASISTENTE

EMILY

Solo había una cosa peor que levantarse a las cinco los lunes por la mañana: era levantarse *sabiendo* que el resto de la semana la ibas a pasar trabajando para Wolf Industries.

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

El sonido de la alarma interrumpió mis pensamientos y me di la vuelta en la cama para arrojar el reloj contra la pared. Suspirando, me quité las mantas de encima de una patada, me metí en el baño y me di una ducha caliente y rápida.

En cuanto salí, me apliqué una ligera capa de maquillaje y me puse uno de mis vestidos favoritos, de color azul marino, con unos tacones en tono *nude*. Dudé de si debía ir algo más arreglada para la ocasión que implicaba ese día, pero esa mierda no merecía la pena celebrarla. *Jamás.*

Cogí el teléfono y vi que había un montón de mensajes nuevos de mis compañeros de trabajo más cercanos.

*¡Felicidades, Emily!*

*¡Felicidades por cumplir dos años con el Lobo, Emily!*

*¡Viva, Emily! ¡Dos años!*

*¿¿¿Cómo coño has aguantado tanto tiempo???*

*¿Vamos a celebrarlo o pasamos?*

Cumplir otro año en el trabajo *debería* merecerse una noche de champán, de celebración con los amigos, o incluso ser motivo de alegría genuina. Pero trabajar para Nicholas A. Wolf —el *verdadero* Lobo de Wall Street— tan solo implicaba estampar otra «x» en el calendario de «Días de que me quedan para dejar el trabajo».

El señor Wolf, uno de los hombres más irritantes para los que había trabajado, era todo un atractivo enigma que desayunaba, comía y cenaba acuerdos. Era de esos hombres que llevaban un traje de diseño y un reloj de mil dólares distintos cada día. Además, y por desgracia, también era de esos hombres que conseguían excitarme a pesar de portarse siempre como un capullo. En especial cuando me faltaban segundos para soltarle una bofetada.

Durante los dos últimos años había pasado más tiempo con él que con nadie en mi vida. Era la primera persona a la que veía por las mañanas, la última con la que hablaba por la noche y, puesto que ambos éramos adictos al trabajo, también era la única persona a la que veía todos los fines de semana.

Estuve a su lado mientras dirigía con mano dura su empresa de un valor de más de mil millones de dólares y mientras aplicaba a su vida las lecciones aprendidas después de ver demasiadas veces *El padrino*. En las reuniones, me sentaba junto a su cantera de ejecutivos más cercanos y tomaba notas sobre su lenguaje corporal, además de observar a aquellos que pudieran ser sospechosos de traición. Por si fuera poco, también lo acompañaba durante todos sus viajes de trabajo, tanto internacionales como nacionales, siempre manteniéndolo al día de los asuntos de la empresa.

Nuestra relación laboral de dos años de duración se parecía a la de un matrimonio moderno, pero sin sexo. El único beneficio que sacaba de trabajar con él era material: acceso ilimitado a vehículos con chófer, una oficina con vistas panorámicas a Manhattan, acceso a su cuenta de crédito cuando quisiera ir de compras y un sueldo que era más de cinco veces mayor al que la mayoría de directores ejecutivos pagaban a sus asistentes. Pero claro, era un sueldo que nunca podía disfrutar porque siempre estaba trabajando.

Mi vida era *la suya*.

Tras repasar mi lista de contactos, le envié a mi chófer un mensaje.

*Estaré lista en veinte minutos.*

*Estaré allí en quince.*

Preparé un poco de comida y agua para mi gata, Luna, y después llamé a la recepcionista jefa de Wolf Industries.

—Oficina del señor Wolf —respondió tras el primer tono—. Le atiende Savannah Smith, ¿con quién desea hablar?

—Savannah, soy Emily. La llamo para comunicarle las primeras tareas que debe realizar hoy.

—La escucho, señorita Johnson.

—Necesito que se asegure de que la sala de conferencias está libre para la reunión de las ocho de la mañana del señor Wolf con Van Corps —le informé—. También quiero que me deje los documentos de Pierce, Inc. en mi escritorio para poder quitar todas las partes innecesarias que odia antes de entregárselos para su autorización final. Después organíceme una reunión de cinco minutos con Recursos Humanos para informar sobre la becaria que tonteó con él el viernes pasado; a él no le hizo gracia. Ah, ¿y puede llamar a Einstein's Bagels y decirles que voy a llegar a recoger su desayuno diez minutos antes de lo normal?

—¡Enseguida, señorita Johnson! —Siempre estaba demasiado contenta por las mañanas—. Hasta luego, ¡y felicidades por los dos años con nosotros! ¡Espero que se sienta orgullosa hoy!

*Ni de lejos.*

—Gracias. Hasta luego. —Terminé la llamada y subí el volumen para escuchar los últimos minutos de *Market-Watch* y comprobar si había cambios de última hora. Me coloqué mi brazalete favorito en la muñeca y fui a la habitación de mi hermana gemela.

—¡Me marcho ya, Jenna! —le dije, después de llamar a la puerta—. Por favor, no te olvides de firmar mis paquetes esta tarde.

—¿¿Qué? —Abrió la puerta de inmediato y alzó una ceja—. Pensaba que íbas a dejar el trabajo hoy.

—Y voy a hacerlo. Solo tengo que asegurarme de que están en

orden unas cuantas cosas y de que... —Me detuve al ver a un tipo desnudo despatarrado en su cama—. ¿Quién es ese?

—Yo no veo a nadie. —Me sonrió—. ¿Quién es el de *tu* cama?

—¿Qué? Nadie.

—Exacto —respondió—. Nadie... *Nunca*.

Entonces se escuchó el sonido de un claxon en la puerta de nuestra casa de piedra rojiza y me retiré antes de que alguna de nosotras comenzara a discutir de nuevo sobre su ridícula vida sexual.

—Hablabamos de esto cuando vuelva. —Corrí hacia la sala de estar y cogí mi maletín, me abotoné el abrigo y salí para meterme en el asiento trasero del coche.

—Buenos días, señorita Johnson. —El chófer, Vinnie, me miró a través del espejo retrovisor—. ¿La felicito por haber alcanzado una meta tan importante o me reservo el elogio?

—Mejor resérveselo. —Me reí—. Lleva usted aquí diez años. Eso es mucho más que yo.

—No exactamente. —Sonrió mientras se incorporaba a la carretera—. Nunca he tenido que trabajar directamente bajo las órdenes del señor Wolf.

*Qué gran verdad...*

—No sabe cuánto envidio su vida ahora mismo.

—Seguro —respondió—. ¿Adónde vamos esta mañana antes de que la deje en la sede?

—Necesito recoger algunos archivos de Deutsche en la Quinta, un informe de un asociado de Lehman Brothers en la Séptima y después su desayuno y café de siempre en Einstein's.

—Vamos allá. —Me lanzó una mirada de compasión antes de proseguir su camino.

Para cuando llegué al edificio principal ya eran las siete y media de la mañana, lo que me dejaba cinco minutos extra antes de que llegara el señor Wolf.

Coloqué los documentos de la mañana sobre su escritorio, le serví el café del vaso de cartón en una de sus tazas favoritas y pedí a uno de los becarios que se encargara de organizar la ropa de su armario privado.

Mientras extendía queso de untar en su bollo, el teléfono comenzó a vibrar en mi bolsillo.

*Canal secreto de los empleados: Ha llegado el Lobo...*

Puse los ojos en blanco. Todavía me cabreaba que siguiéramos llamándolo por el nombre que seguía alimentando su ya de por sí hinchado ego.

*¿Podemos cambiarle el nombre por «el imbécil» o «el gilipollas»? ¿Solo por un día?*

*Canal secreto de los empleados: Nunca.*

*Canal secreto de los empleados: Joder, no.*

*Canal secreto de los empleados: ¡EL LOBO!*

Salí de su despacho justo en el momento en que él dejaba el ascensor. Caminó por el pasillo mientras hablaba por el móvil, y parecía más sexy que nunca con su traje gris de tres piezas. Los gemelos con el monograma «W» resplandecían con la luz, y sus zapatos de cuero italiano brillaban tanto que prácticamente parecían proclamar: «Sí, somos nuevos. Y sí, solo va a llevarnos puestos una vez». Todas las mujeres que se cruzaban en su camino se giraban dos veces a mirarlo, lo que arrancaba una sonrisa arrogante de sus labios y una mirada de agradecimiento de sus profundos ojos azules.

—Buenos días, señor Wolf. —La recepcionista se sonrojó y le tendió una carpeta cuando pasó junto a ella.

—Buenos días, señorita Smith. —Le sonrió y cortó la llamada para dirigirse directamente hacia mí. Me miró de arriba abajo al acercarse y se detuvo al ver que no me movía—. Señorita Johnson...

—Señor Wolf...

—¿Hay algún motivo por el que esté aquí fuera, y no esperando en mi oficina para contarme las novedades del día?

—Lo hay. —Le tendí una hoja de papel—. Ya le he enviado todas las novedades que necesita y se las he imprimido aquí. Acabo de recordar que tengo una consulta importante en el médico, así que tengo

que marcharme. Estaré de vuelta a la hora del almuerzo.

—Si va a tardar tanto, al menos habrá llamado a los Peterson de...

—¿... Monte Verde? —Acabé por él—. Sí, y han accedido a cambiar la cita. Y antes de que lo pregunte, le he pedido a Savannah que prepare la sala de conferencias para su reunión de las ocho de la mañana con Van Corps, y los becarios, menos la que flirteó con usted, se encargarán de la sala de juntas para su reunión vespertina con su equipo de Relaciones Públicas.

—¿Y qué hay de mi conferencia con Mellon?

—La he cambiado para mañana —le contesté—. Supuse que la reunión con Relaciones Públicas se alargaría.

—Mmm. Qué interesante.

Me mordí el labio para evitar soltar un comentario sarcástico. Después de tanto tiempo, este hombre era incapaz de darme las jodidas gracias, como si su boca fuera alérgica a esa palabra.

—Bueno, en ese caso, la veré después de la cita con su médico —me dijo mientras abría la puerta de su despacho—. Espero que esté bien.

*Claro que lo esperas...*

Media hora después, me encontré entrando en el reluciente recibidor de Grand Hearst Hotels. No había ido por una consulta médica: había ido para una entrevista de trabajo.

Había superado las primeras rondas de entrevistas de las dos últimas semanas a las mil maravillas, y ese día era el día de la verdad. Esta era la entrevista final, y además cara a cara con el mismo director general, con lo que intenté permanecer calmada y no emocionarme demasiado con la idea de quedar al fin libre.

Metí la identificación de empleada de Wolf Industries en el bolso y tomé el ascensor hasta el piso superior.

—¿Es usted la señorita Johnson? —me saludó la recepcionista en cuanto salí del ascensor.

—Sí, soy yo.

—Excelente —dijo, antes de levantarse—. Sígame. El señor Hearst la está esperando.

La acompañé a través de los relucientes pasillos blancos. Otras mujeres en tacones se cruzaron en nuestro camino, y en silencio me



imaginé caminando por los mismos pasillos a la semana siguiente y sonriendo por lo que fuera que todo el mundo aquí parecía estar tan contento todo el rato.

La recepcionista abrió una puerta que daba a un enorme despacho que ocupaba la mitad de la planta, y en su interior el director general —un hombre atractivo de cabellos grises— me sonrió al acercarme a su escritorio.

—¡Buenos días, señorita Johnson! —El señor Hearst se levantó y me tendió la mano—. Es un placer conocerla al fin en persona después de todas las rondas de entrevistas.

—Es un placer para mí conocerle también, señor. —Le estreché la mano y tomé asiento.

—Tiene un currículum impresionante, debo admitir. —Miró la pantalla de su ordenador y tecleó algo—. Fue la primera de su clase en el grado que cursó en Yale, y la primera de su promoción en Derecho, en Harvard. —Volvió a teclear—. Trabajó durante varios veranos seguidos en despachos de abogados de prestigio, y ahora trabaja para Wolf Industries. ¿Por qué no está en un despacho de abogados?

—La mayoría de ellos redujeron plantilla durante la recesión, señor.

—Ah, ya veo. —Se bajó las gafas por el puente de la nariz—. Bueno, aun así, estoy muy impresionado con su currículum. Demonios, no creo que tengamos a nadie aquí que fuera primero en Derecho, y menos en una universidad de la Ivy League.

Sonreí y di unos suaves golpecitos con el pie en el suelo. Esperé hasta que dijera las tres palabras que había estado esperando escuchar durante todo el año: «¿Cuándo puedes empezar?».

Me recordé a mí misma que debía esperar unos cuantos segundos antes de soltar: «Joder, ahora mismo».

*No digas «joder». No digas «joder». Di solo «Desde ya mismo»...*

—Después de haber considerado detenidamente todo lo que podía aportar a nuestra empresa, señorita Johnson —dijo tras varios segundos de silencio—, creo que puedo...

—Puedo empezar hoy. —No pude evitarlo—. Desde ya mismo. Estaré encantada de compartir oficina, de trabajar horas extra los fines de semana, y con gusto aceptaré un veinte por ciento menos de mi sueldo actual.

—Bueno, ahí está el asunto. *No puedo* contratarla, señorita John-

son. —Cerró el portátil—. Es usted tan impresionante que no creo que encaje aquí.

*¿Qué?*

—Bueno, ¿no puede darme una oportunidad, aunque sea por un tiempo, y averiguarlo por usted mismo? Me he entendido bien con todos los entrevistadores que me han visto hasta ahora.

Él suspiró.

—Vale, mire. No puedo contratarla porque no quiero represalias del señor Wolf.

—¿Disculpe? —Estaba totalmente estupefacta—. ¿Qué tiene que ver el señor Wolf con todo esto?

—Todo —contestó, cruzándose de brazos—. Su currículum dice que es usted asistente ejecutiva en su empresa. No especifica que trabaja directamente bajo sus órdenes.

—*Todo el mundo* trabaja directamente bajo sus órdenes.

—Ya sabe lo que quiero decir. —Su expresión se tornó preocupada—. Usted es su asistente ejecutiva. Es *la Emily* por la que todo el mundo tiene que pasar para llegar hasta él. Es justamente usted, y está sentada en mi oficina como si no se tratara del mayor conflicto de intereses del jodido Wall Street. Es usted su mano derecha, por Dios.

—El señor Wolf no tiene nada que ver con su empresa, señor Hearst.

—Lo cierto es que sí —afirmó—. Hace cinco años invirtió el último treinta por ciento que necesitábamos en nuestra nueva cadena de establecimientos *bed and breakfast*. También preparó un poco el terreno con la concejalía de urbanismo del ayuntamiento para que pudiéramos construir nuestro rascacielos cerca de The High Line. No voy a pagarle robándole a su asistente ejecutiva. Cabrearlo es una sentencia de muerte, y todo el mundo en esta ciudad lo sabe.

Espiré despacio. Me había quedado sin respuesta.

—Además —continuó el señor Hearst—, cuando me llamó, dejó bien claro que si me atrevía siquiera a *pensar* en contratarla o incluso a tener la mas mínima idea al respecto, me pondría, y cito textualmente, «una demanda de cojones».

Sentí que me quedaba lívida.

—¿Le dijo que estuve aquí?

—Para nada. Me ha llamado hace unos minutos, justo antes de que usted llegara. —Abrió el cajón y sacó una hoja de papel—. También

me ha enviado una copia del compromiso de lealtad incluido dentro de su contrato laboral. —Me lo pasó—. Me pidió que imprimiera también una copia para usted, para que lo tenga como recordatorio personal.

La mandíbula se me desencajó tanto que llegó hasta el suelo.

—Estoy seguro de que volveré a verla cuando cerremos el trato de Berkshire con Wolf Industries el mes que viene. —Se puso de pie y me tendió la mano de nuevo—. Ha sido un placer conocer a *la Emily* de quien el señor Wolf habla tan bien todo el tiempo. Espero que le diga que he sido amable, y que la he rechazado con delicadeza.

Me levanté y abandoné el despacho sin siquiera dignarme a estrecharle la mano ni decirle adiós. Estaba indignada porque me había hecho perder el tiempo y furiosa porque el señor Wolf me había impedido encontrar un empleo nuevo.

*¿Cómo se ha enterado de que iba a venir aquí?*

Subí al ascensor y me mordí el labio inferior para ahogar un grito. No necesitaba una copia personal de aquel compromiso de lealtad para saber lo que decía. Prácticamente prometía que no buscaría otro empleo hasta mucho después de haber dejado la empresa y que nunca hablaría sobre él con la prensa.

*Tendría que haber sido más espabilada.*

Era una tonta de veintiséis años llena de esperanzas y sueños cuando lo firmé, una tonta que pensaba que cuatro años pasarían volando, que trabajar para el número uno de Wall Street me convertiría en un valioso activo para cualquier despacho de abogados del país una vez terminara. Pero ahora tenía veintiocho años y era mucho menos tonta, y dos años de contrato me parecían lo mismo que diez. También estaba segura de que las canas que me estaban saliendo en la nuca eran consecuencia directa de trabajar para él.

Al salir del vestíbulo de Hearst me tropecé con una capa de fresca lluvia otoñal neoyorquina. Saqué el paraguas y llamé a mi chófer. Necesitaba desahogarme con Vinnie durante el viaje de regreso y añadir ese incidente a la lista interminable de mierda que aquel hombre me había echado encima. Pero cuando el coche se detuvo frente a mí, me di cuenta de que Vinnie no era el chófer.

La puerta trasera se abrió con lentitud y un par de zapatos de cuero italianos pisaron el asfalto. El señor Wolf salió del coche y mantuvo la puerta abierta mientras me miraba, y mis mejillas comenzaron

a arder.

—¿Vas a subir o vas a seguir mirándome durante el resto del día?

No respondí. Me limité a cerrar el paraguas y meterme lo más lejos posible de él en el asiento trasero.

—¿Te ha dicho el «doctor» que todo va bien? —dijo mientras se sentaba frente a mí.

—Lo cierto es que no. Me ha confirmado que mi grano en el culo probablemente empeorará durante los dos próximos años.

—Qué desgracia. —Sonrió—. Puedes llevarnos de regreso a la oficina, Lyle.

El chófer asintió y cerró la mampara que nos separaba antes de internarse en la Quinta Avenida.

Los imponentes ojos azules del señor Wolf seguían fijos en mí, y sus labios se curvaron lentamente en esa sexy sonrisa pedante que me encantaba y aborrecía a partes iguales.

—¿Sabes? —preguntó mientras se sacaba una cajita pequeña de regalo de color verde del bolsillo interior de la chaqueta—. Encuentro bastante divertido que trataras de «ponerme los cuernos». Y justo en nuestro aniversario de dos años, ni más ni menos. —Depositó el regalo en mi regazo, pero yo ni lo toqué. Iba a ir de cabeza al cajón de mi escritorio junto con el regalo de aniversario que me hizo el año pasado. Y en cuanto regresáramos a la oficina iba a llevar ese maldito compromiso de lealtad y mi contrato laboral al despacho de abogados de enfrente para ver si podían encontrar alguna laguna.

*O eso o hacer que me despida...*

El vehículo aparcó en el garaje privado de Wolf Industries y el señor Wolf me abrió la puerta de nuevo. Lo seguí hasta el ascensor y, en cuanto las puertas se cerraron, me miró y bajó la voz.

—Te recomendaría encarecidamente que también cancelaras las otras tres entrevistas que tienes previstas para esta semana —me dijo—. Las de Deutsche, Goldman y The Lehman Brothers. A no ser que quieras que siga yo cancelándolas por ti *personalmente*.

Las puertas del ascensor se abrieron en la última planta y él salió y me miró de arriba abajo una última vez.

—Ah, y... Emily...

—¿Sí?

—Feliz aniversario.

## 2

### EL LOBO

NICHOLAS

Tan solo había unos pocos hombres en la ciudad que tuvieran lo que hacía falta para trabajar en Wall Street, un grupo selecto que comprendía el valor del tiempo y la lealtad tan bien como yo. Había creado mi empresa desde los cimientos armado tan solo con el deseo de despedida de mi padre —«No dejes que esa ciudad te coma vivo»— y un traje negro desgastado que me quedaba dos tallas más grande.

Comencé como el chico de los cafés, el suplente indeseado en la nómina inflada de una megacorporación. Ya que nadie quería darme un empleo real, hacía preguntas siempre que podía. Me quedaba hasta tarde y escuchaba las reuniones a escondidas con la excusa de hacer trabajos para la universidad. Y cuando ninguno de los altos ejecutivos quería quedarse hasta tarde para repasar las cuentas del día, yo me ofrecía voluntario.

Y años después, creé mi propio fondo de inversiones e invertí en las acciones que ellos tenían demasiado miedo de tocar. Terminé convirtiéndome en uno de los empresarios más respetados de Wall Street. Si había una empresa que suscitara mi interés, la compraba. Si había acciones en las que quería invertir, para la hora de la cena ya las había adquirido. Y si había un trato que quisiera cerrar, era mío en tan solo unos segundos.

O al menos *pensaba* que ese era el caso hasta esa misma mañana.

—¿Qué quieres decir con que Watson ya no está seguro de querer que *yo* le compre la empresa? —Miré a mi asesor, Brenton, totalmente

perplejo—. Fue él quien la puso en maldita venta. Quién se la compra absolutamente igual.

—Ya te he dicho una y otra vez que quiere que el nuevo propietario sea un hombre de familia. Tú no eres un hombre de familia.

—Sí que tengo una familia.

—Una familia *propia*. —Suspiró—. No una a la que llames en semanas alternas cuando se te ocurre recordar que existen. Ah, y a buen seguro tampoco quieren a alguien que ha sido soltero del año en *Page Six* durante ocho años consecutivos.

—Diez años consecutivos, pero nadie lleva la cuenta. —Sonreí—. Aunque si eso hará que Watson se sienta mejor en cuanto a mi vida personal y a cómo gestionaré su fondo en el futuro, puedo llamarlo y admitir sinceramente que no he follado con nadie en más de ocho meses.

Me lanzó una mirada inexpresiva.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Por desgracia, no.

*Llevo un poco más de ocho meses...*

—Incluso aunque te creyera, que *no* es el caso, el hecho de que elijas no follar con nadie no te convierte en un hombre de familia. Solo significa que no te estás comportando como eres en realidad. Con «hombre de familia» se refiere a alguien que sabe que no todo es trabajo. Alguien que sepa apreciar los momentos de la vida fuera de la sala de juntas.

—Soy fantástico en eso —le contesté—. Tú mismo lo has dicho. Mi empresa paga los sueldos más altos en todos los niveles para que los empleados puedan disfrutar de su vida fuera de la sala de juntas.

—Bueno... —Se irguió en la silla—. Cuando tu segundo director financiero se casó, ¿qué le regalaste para su boda?

—Una prima generosa y un vino *vintage*.

—Ajá. ¿Y qué es lo que escribiste exactamente en la etiqueta de ese vino?

Suspiré.

—«Me decepciona que te hayas casado; nunca pensé que fueras de esos».

—¿Y qué más?

No respondí. No quería recordarlo.

—Escribiste: «Estoy seguro de que te divorciarás en dos años, así

que mejor que la dejes y viajes a Florida a ayudarme con el acuerdo de Tampa». Pero, claro, al menos tuviste la amabilidad de escribir: «P. D.: Espero que hayas firmado un contrato prematrimonial antes de la boda. Te veré en el trabajo cuando regreses. Con cariño, Nicholas». Creo que fueron esas tres últimas palabras las que le hicieron renunciar.

—Eso fue hace dos años —le dije—. Ya no envió ese tipo de notas.

—Porque Emily las escribe por ti. —Puso los ojos en blanco—. Fuera de la empresa no tienes ninguna relación de verdad, y eso es precisamente lo que Watson quiere que su sucesor tenga. Cree que hará que el propietario sea más comprensivo con respecto a ciertas cosas. ¿No estás de acuerdo?

*Joder, no.*

No estaba seguro de por qué de repente se comportaba como un santo, puesto que era mucho más despiadado que yo cuando dirigía su propia empresa décadas atrás. Una vez escribió tres adjetivos que se correspondían exactamente con mi opinión sobre las relaciones: volubles, inútiles e impredecibles.

Una vez entraban en crisis, ya no podían recuperarse, así que no malgastaba mi energía en ellas. La idea de crear una familia no se me había pasado por la cabeza nunca porque había visto de primera mano lo que había provocado en algunos de mis compañeros con más éxito: su ética laboral se fue ralentizando, su ansia de poder disminuyó y comenzaron a dirigir sus empresas basándose en la felicidad en vez de en los resultados financieros.

Me desconcertaba bastante que después de seis meses de negociaciones, cinco semanas de conferencias interminables y horas de idas y venidas, el director general estuviera ahora pensando echarse atrás en un acuerdo por algo tan frívolo.

Suspiré y me recosté en mi sillón.

—Necesito firmar este trato, Brenton. No voy a aceptar un no por respuesta.

—Estoy seguro de que no. —Sonrió nervioso—. Un acuerdo por valor de cinco mil millones de dólares sería un gran empujón para nuestra cartera, sobre todo porque te permitirá duplicar esa cantidad en diez años, cuando el resto de tratos se cierren.

*Pero si no lo conseguimos, perderemos veinte mil millones en el mismo plazo*

*de tiempo...*

Podía leer el resto de sus pensamientos sin necesidad de que pronunciara una palabra.

—¿Tienes alguna idea de cómo podríamos hacerle cambiar de opinión?

—¡Por fin! —Comenzó a reírse y abrió una carpeta—. He estado esperando esa pregunta todo el día.

Antes de que pudiera comenzar a hablar sobre su estrategia, un número desconocido llamó al teléfono del despacho.

—Espera un segundo, Brenton. —Hice un gesto—. El señor Wolf al habla —contesté a la llamada.

—Señor Wolf, soy el señor Tanner, de la empresa Tanner and Associates que hay al otro lado de la calle. Me dijo que le llamara si... eh... si Emily Johnson volvía a venir otra vez.

—Sí —respondí—. ¿Cuándo ha ido?

—Justo ahora, señor. Acaba de marcharse hace un momento.

Saqué mi teléfono y comprobé si tenía mensajes nuevos. El último correo que me había enviado había sido hacía media hora.

*Asunto: Cita con el dentista*

*Señor Wolf:*

*Creo que he olvidado que también tenía una cita con el dentista hoy. Como la oficina está cerca, iré deprisa para aplazarla, justo como usted sugirió.*

*Emily Johnson*

*Asistente ejecutiva de Nicholas A. Wolf, Wolf Industries*

*P. D.: Me olvidé de responderle: feliz aniversario a usted también. :-)*

*Sigue queriendo colármela...*

—¿Qué es lo que le ha pedido, señor Tanner? —le pregunté.

—Lo mismo de siempre, señor. Que echáramos un vistazo al contrato de nuevo para encontrar alguna laguna.

—¿Y la hay?

—No, señor.

—Bien. —Sonreí. También me encargaba de que revisaran esa mierda todos los años—. Enviaré a una becaria con un obsequio de mi parte a la hora del almuerzo. Gracias por avisarme. —Terminé la llamada justo cuando Emily entraba en mi oficina con una bandeja.



Llevaba su vestido azul ajustado favorito, con el que siempre conseguía llamar mi atención, y caminó por la habitación con sus zapatos de suela roja mientras me lanzaba su habitual mirada sexy.

—Buenas tardes, señor Wolf —dijo mientras dejaba la bandeja sobre mi mesa—. Brenton... Aquí está el almuerzo y una copia de los documentos de Watson que solicitó. ¿Quiere que le traiga algo más?

—¿Qué tal la cita con el dentista? —La miré entrecerrando los ojos.

—Igual que la del médico —respondió, mirándome también con los ojos entrecerrados—. Solo tengo que ocuparme de cierta caries que se irá pudriendo durante los dos próximos años.

—Eso no es nada saludable, Emily. —Brenton se colocó la servilleta en el regazo—. Tengo un buen dentista que puede deshacerse de esa caries que dice. Debería ir a verlo si el suyo le está diciendo esas cosas.

Ambos lo miramos.

—¿Qué? —exclamó Brenton mientras se metía una patata frita en la boca—. ¡Es muy buen dentista!

—¿Tiene otras citas programadas para hoy, Emily? —le pregunté, esforzándome al máximo por ignorar el hecho de que no llevaba sujetador debajo del vestido—. Me gustaría saberlo ahora mismo.

—Estaba segura de que querría saberlo. —Se encogió de hombros—. Pero mi pausa para el almuerzo empieza ahora. Tendrá que esperar a que termine. —Se dio la vuelta y se alejó, y yo observé todos sus movimientos hasta mucho después de que hubiera desaparecido.

A pesar de las miradas gélidas que me lanzaba todos los días, de las notas sarcásticas que escribía en *post-its* que dejaba en mi escritorio y del hecho de que todavía estuviera realizando entrevistas de trabajo «en secreto», consideraba que era mi empleada más fiel. Y por extraño que pudiera parecer, mi única amiga. Aparte de Brenton, era la única persona en mi edificio en la que confiaba.

Además también era, por desgracia, la mujer más sexy que había visto en mi vida. Con sus oscuros y profundos ojos verdes, su pelo de color café que caía por sus hombros en ondas y un vestuario que hacía que la polla se me pusiera dura cada vez que entraba en donde yo estuviera, hacía empalidecer a todas las supermodelos que había conocido hasta la fecha. Durante los dos años que llevaba trabajando para mí, me había obligado a mí mismo a soportar la tortura de

trabajar a su lado durante días incontables durante diez y doce horas. También sufría la sequía sexual más larga de mi vida, porque la única persona con la que quería follar era ella, pero sabía muy bien que no debía cruzar esa línea.

—Vale. —Cogí la taza de café de la bandeja y me aclaré la garganta—. Resume tu idea de cómo vamos a conseguir poner de nuevo a Watson de nuestra parte en cinco segundos.

—Creo que deberías comprometerte de manera temporal y presumir de familia al mismo tiempo para que parezca que eres exactamente el tipo de director general que él busca. —Las palabras salieron de su boca a mayor velocidad que nunca.

Le lancé una mirada asesina. Desde que se había convertido en mi asesor había sugerido un montón de mierdas cuestionables, pero esta era la más ridícula de todas.

—¿De todas las opciones disponibles, quieres que finja que tengo una prometida solo para poder cerrar un trato?

—Un trato de *cinco mil millones* de dólares. —Asintió—. Tiene mucho más sentido dentro de contexto. Deja que te explique...